

## FRAGMENTO

### REUNIÓN INESPERADA

#### El juicio de las musas.

La noche en que todo comenzó, la escritora creyó estar soñando.

Había pasado varias horas encerrada en su gabinete corrigiendo un manuscrito que desafiaba los antiguos mitos, reescribiendo legendarias hazañas, cuestionando a los héroes y concediendo a las diosas una voz que no siempre era dócil ni benévola. Exhausta, dejó caer la pluma y apoyó la frente sobre la mesa. Entonces el aire se volvió denso, perfumado de laurel y mármol antiguo.

Cuando abrió los ojos, ya no estaba en su estudio.

Ante ella se alzaban las columnas luminosas del Olimpo, y en el centro, sobre tronos de oro pálido, la observaban las deidades. Reconoció de inmediato a Atenea —a quien los romanos llaman Minerva— con su égida resplandeciente y una mirada tan afilada como su lanza. A su lado, envuelta en un silencio musical, se encontraba Polimnia, musa de los himnos y la elocuencia sagrada.

—Has sido convocada —dijo Atenea, sin alzar la voz— para responder por tu escritura.

La escritora sintió que las rodillas le temblaban, pero no cayó. Observó alrededor: otras musas cuchicheaban, y el eco de sus murmullos sonaba como páginas al pasar.

—¿Responder? —preguntó ella—. ¿Ante quién?

—Ante nosotras —intervino Polimnia—. Has tomado nuestros nombres, nuestros símbolos, nuestras historias... y los has transformado. Has puesto dudas en la mente de las diosas, has concedido fragilidad a lo divino.

La escritora comprendió entonces: no era un honor, era un juicio.

Atenea descendió un peldaño de su trono.

—En tus textos me muestras insegura antes de la guerra, dubitativa antes del consejo. ¿Por qué despojar a la sabiduría de su certeza?

Ella respiró hondo.